

gastase en su socorro. A tal extremo llegó su piedad en las distribuciones, que dexó a el señor Obispo en la posesion de solas la exmita, y intercanica, que tenía prestas. El Reverendo Padre Fray Martin Jimenez, Religioso de el Sagrado Orden de San Agustín, que a la sazón era Confessor de su Ilustrísima, no llevó muy bien este dispendio: y pareciendole, que su demasiada liberalidad le avia dexado en indecente trage, le dió por esto vna muy buena reprehension. Muy de el contrario sentir estuvo en el caso este benignísimo Principe: pues no solo no le defazonó la piedad extremada de el Siervo de Dios con los pobres, aunque tan a su costa, sino que aumentó el concepto, que antes tenía de sus virtudes.

La rara aplicacion, con que exercia la caridad con los pobres, le hizo tan avilado, y eficaz, en conseguir a el remedio; que siendo muchas necesidades ocultas, no parecía, sino que las adivinaba su piadoso instinto, para aliviadas. En ocasion, que andaba el Siervo de Dios repartiendo sus limosnas, se llegó vn día cerca de la noche, sin ser llamado, a vna casa, que fue teatro, donde se vio practicada esta verdad. Vivía en ella vna pobre señora, a quien su extremada escasez avia tenido todo el día en ayunas; porque su mucha vergüenza le tenía cer-

rada la boca para la manifestacion de su desdicha, y para la sollicitud de su alivio. Aytiendo esta reconocido la cercanía de el Venerable Pedro, le salió a recibir con las rodillas en tierra; y estendiendo las manos, para tomar, lo que el Siervo de Dios quisiese darle de limosna, prorumpió en estas voces su gratitud: *Santo mio, quien te ha dicho, que no he comido en todo el día.* Bien expresó la agradecida muger en esta clausula, que siendo ella, la que padecía la hambre, fue el Venerable Pedro, el que buscó sollicito su necesidad para el remedio; sin que precediese algun aviso.

Semejante beneficio experimentó en el Siervo de Dios vn Hermano Tercero, llamado Joseph Alexo de Santa Cruz, quien halló en su caritativa liberalidad el socorro de vna necesidad, cuya calidad no quiso manifestarle; y juntamente de otra, que era configuiente, a la que dexaba oculta. Fue el suceso en esta forma. Hallabase el dicho Joseph de Santa Cruz en tal miseria; que siendo extremada la necesidad, que tenía su muger de vn par de zapatos, no tenía con que comprarlos. No discurrió otro recurso mas seguro, que a el Venerable Pedro: y le pidió prestado para el efecto vn real de a ocho; sin dezir el fin, para que se lo pedía. Para despachar su peticion facó el Siervo de Dios dos pesos: y aviendolo adveitado el suplicante, le dixo: que el

el Siervo de Dios le avia pedido vno para bien, replicó el Venerable Pedro: pero tambien ay necesidad de comprarle cintas: dandole a entender, que en los dos pesos le daba catorze de plata para los zapatos, y dos para las cintas, con que avia de atarselos. Quedose admirado el hombre; y conociendo por estas individuales señas, que con los ojos de su caridad linca avia penetrado lo que necesitaba, aunque mas intentó disimularlo.

Siendo tantas las necesidades, y tan crecido el numero de pobres, que focorra el Venerable Pedro, nunca le faltaron los medios; porque en las generosas manos de su caridad, se aumentaba piadosamente el alimento. En vna ocasion prometió dar vnas cañas dulces a los muchachos; porque así se lo dictó su amor: y a el repartimiento de esta golosina concurrían tantos; que passaba el numero de treinta. No facó el Siervo de Dios para el cumplimiento de su promesa mas que cinco canchillos, que siendo dulces, ya se ve, quan poco era para tantos: pero fue tan admirable en este caso la providencia; que despues de repartir a todos razonables pedazos, se quedaron enteros, como lo estaban antes. Vn día, que celebraba el Venerable Pedro el tránsito de el Glorioso San Joseph, fue grande la multitud de pobres, y huéspedes, que con-

currieron a el Hospital por limosna. De tal modo creció el numero, que el pan, que tenía era muy poco para tanta gente; pero en la actualidad de distribuirlo, se manifestó tan contrario el suceso; que aviendo dado a todos el alimento suficiente, quedó la arca, donde lo tenía, tan llena; como si de ella no huviera sacado vn solo pan. Lo mismo sucedió vna Pasqua de Resurreccion con el pan, y la carne, que daba de limosna a los pobres: pero de esta especie es singular entre todos el caso, que ya refiero.

Avian juntado de limosna los Compañeros de el Siervo de Dios de treinta a quarenta hanegas de trigo en el tiempo de la cosecha: y estas las entregó a vn sugeto, por consejo de el mismo, con el pacto, de que se lo fuesse dando hecho pan, para proveer a sus pobres. Hizose el deposito: y aviendo passado mucho tiempo, sin dexar de sacar dia alguno aquel grano que era preciso, para tan abundantes, y quotidianas provisiones, reparó la muger de el sobredicho sugeto, que el trigo estaba en el mismo ser, y que no se disminuía; aunque se sacaba de el todos los dias. Con este motivo le dixo vna vez a el Venerable Pedro: *Hermano, que casta de grano es esta, que parece, que en lugar de acabarse, se aumenta?* Repitiole esto mismo en dos, o tres ocasiones, hasta que el Siervo de Dios le respondió,

pondò, diziendole: *Callad, no os metais en las cosas de Dios.* Continuòse mucho tiempo despues este prodigio: y aviendose servido el depositario de esta abundancia para su manutencion, pagò à el Venerable Pedro el importe de su gasto; descontando las porciones, que avia llevado para su Hospital.

En las continuas tareas, que tenia, de pedir limosna para los pobres, se continuaron con discreta disposicion los prodigios; porque despues de llenar, con lo que recogia, los dilatados vacios de su caridad; quedaban los bienhechores sin molestia: para que así no se frustraessen los piadosos fines de el Venerable Pedro con el hastio, que suele ocasionar la continuacion de pedir, y la frecuencia de dar. Miguel de Ocoxo, vecino de Goatemala, daba cierto dia à el Siervo de Dios algunos panes de limosna para el sustento de los pobres: y en la ocasion sucedió vna chistosa providencia, con que quedò este bien-hechor complacido, y los necesitados con provecho. Aviale echado alguna cantidad de panes en las arguenas: y pareciendole, que el vacío, que quedaba, podria llenarse con poco mas de doze panes, no quiso, que saliesse de su casa con esta falta; y se empeñò, en cumplir piadoso, lo que restaba, para que las arguenas fuessen llenas. Echabale panes el Limosnero, y el Venerable Pedro los recebia con singular

coibnoq

gozo: pero continuando mas, y mas en esta diligencia, se acabò todo el pan, que el bien-hechor tenia; sin que se pudiesse conseguir el fin de su pretension. Celebraron el suceso con risa, así el Siervo de Dios, como su devoto; viendo el espacioso buque, que hazia en las arguenas la caridad con los pobres.

No es menos prodigioso el caso, que con el Siervo de Dios le sucedió à vna muger, llamada Isabel Garcia: cuya devota estimacion à el Venerable Pedro era mucha; y por piedad le amasaba el pan para los gastos de el Hospital. Llegò vn dia à la casa desta, en ocasion que avia sacado de el horno todo vn amalijo entero; y con este motivo à la vista, le dixo: que se llevasse todo el pan, que pudiesse caber en las arguenas, ò canasto, de que siempre andaba cargado el Venerable Pedro, para recoger las limosnas. Esto pronunciò la muger; pensando, que siendo tanto el pan, y tan corta en su comparacion la vasija, quedaria aprovechada en mucho; pero sucedió muy al contrario: porque entrando el Siervo de Dios toda la hornada de pan en sus arguenas; aun quedò lugar para mas, si lo huviera. Continuando otra vez el Venerable Pedro en recoger limosnas para sus pobres, entrò para este fin en casa de vna persona, que sin negarse à la liberalidad de socorrerle, hizo con extraño modo

do la oferta. Manifestòle vna gran cantidad de panes, y con devota jocosidad le dixo: Yo le doy à el Hermano Pedro todo este pan; pero con la condicion, de que ha de entrarle enteramente en estas arguenas. *Pues yo lo acepto,* dixo con su acostumbrada alegria el Siervo de Dios: y diziendo, y haziendo, comenzò à introducir panes en sus arguenas, sin cessar, hasta que diò fin de toda la cantidad, que era muy crecida; quedando le vacío para otro tanto, si lo huviesse.

Vna muger, llamada Josepha Barrientos, experimentò en las piedades de el Venerable Pedro otro suceso à todas luces pasmoso. Avia esta hecho vn amalijo, y puesto el pan en el horno, para que se cociesse: pero el descuido de vna esclava, à quien avia fiado la diligencia de registrarle, lo dexò passar tanto de punto; que en lugar de cocerse, se hizo todo vn carbon. Fue tal el sentimiento, que tuvo de este fracaso la dicha Josepha; que montò en colera: y poniendo ayrada las manos en la esclava, le hizo saltar à puñadas la sangre por las narizes, y la boca. No le faltò motivo à este desorden en el suceso: porque esta muger grangeaba en el exercicio de la panaderia su alimento: y fue duro lance, verse en vn instante destituida de este auxilio; y sin esperanzas de tenerlo por la casual perdida. A la fazon, que esto

acaecia, llegó el Siervo de Dios: y hallando à la esclava tan maltratada, y la ama tan furiosa, desconsolada, y afligida; inquirió la causa, y le fue hecha puntual relacion de todo lo sucedido. Entrò el Venerable Pedro à ver el pan, y hallò, que estaba tan quemado, como la pobre muger sin remedio. Doliòse mucho de el caso; y aviendose puesto de rodillas, hizieron lo mismo à su imitacion todas las personas circunstantes. Puestos así, rezaron todos vna Salve, à la Reyna de los Cielos: y concluida esta diligencia, fue el pan tomado color, y quedò tan blanco, y de tan buena sazón, y coaduras, que ni antes, ni despues le vieron semejante. Bien quisiera Josepha Barrientos, que en alivio de su pobreza se obrasse todos los dias este prodigio: porque como el pan sacò tan buenas calidades, tuvo en su provecho muy grande, y prompto despacho.

CAPITULO XVII.
CARIDAD INSIGNE DE EL Venerable Pedro con los enfermos; singulares actos de esta virtud, que practicò con ellos: y casos raros que sucedieron en este assumpto.

MAs por ingeniosa curiosidad, que por utilidad de el assumpto, es entre los Filósofos ventilado problema: Si algun vi-
yicnte